

Estado y bonapartismo peronista. Un recorrido por la huella marxista en la interpretación de J. A. Ramos.

Quimey González.

Cita:

Quimey González (2017). *Estado y bonapartismo peronista. Un recorrido por la huella marxista en la interpretación de J. A. Ramos. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/654>

Estado y bonapartismo peronista

Un recorrido por la huella marxista en la interpretación de J. A. Ramos

González Fernández, Quimey Ismael
quimey.jtp@gmail.com

Resumen

Este trabajo se propone indagar en los fundamentos teóricos que sostienen la utilización de la categoría *bonapartismo* como forma de definir al peronismo por parte de Jorge Abelardo Ramos. Existe en Ramos un recorrido selectivo (inevitable) de los aportes teóricos de Marx, Lenin y Trotsky que le permite construir su propia interpretación del *bonapartismo*. En este recorrido se encuentran una interesante variedad de reflexiones y conceptualizaciones, que complejizan y contextualizan la aplicación de dicha categoría por parte del autor. Se destacará la existencia de una identificación del Estado como *instrumento* decisivo de la Revolución Nacional. Esto resulta interesante como expresión de las creativas tensiones que vinculan la reflexión sobre el *bonapartismo* desde el “Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte” de Marx, pasando por los análisis de Lenin sobre el imperialismo, el Estado, el nacionalismo y la autoderterminación, retomados, a su vez, por Trotsky, para identificar distintos procesos políticos como variantes de *bonapartismo*. Por último, el texto sostiene que el posicionamiento de autonomía política del partido de la clase frente al peronismo, impulsado por Ramos (al menos hasta 1976), puede explicarse, en buena medida, en base a la identificación del mismo como un régimen bonapartista.

Palabras clave: bonapartismo, Estado, imperialismo, peronismo, independencia política.

Aclaración introductoria

El presente trabajo se concentra en la herencia marxista de Jorge Abelardo Ramos. Entendiendo que el autor es tributario de otra gran corriente de pensamiento que completa su perspectiva general, el nacionalismo popular latinoamericano. Sin embargo, atendiendo a las características de la materia “Marxismo e historia argentina”, se ha decidido abordar las reflexiones del autor centralmente desde sus fundamentos marxistas, para abocarse a la utilización de una categoría específica: bonapartismo.

PRIMERA PARTE: Un recorrido por los clásicos

1. Marx

“La libertad consiste en convertir al Estado de órgano que está por encima de la sociedad en un órgano completamente subordinado a ella”. Karl Marx 1875

1.1. Bonapartismo originario

Referirse al concepto *bonapartismo*, en el marco de la teoría marxiana, implica necesariamente remitirse a “El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, obra en la cual Karl Marx analizará con sus herramientas teóricas un proceso histórico-político concreto. Allí evalúa el proceso que va desde “el período de febrero” hasta el encumbramiento de la “sociedad del 10 de diciembre”, en Francia. El proletariado que emerge victorioso en febrero de 1848 es derrotado por un frente de clases y fracciones de clases que abarca todo el abanico sociológico y político. Emerge así el Partido del Orden, que funda la República, al mismo tiempo que impone la dominación de clase. Sin embargo, la burguesía no encuentra su vocación de gobierno, la viabilidad del parlamentarismo es insostenible. Sucede entonces que ni el proletariado puede imponer su hora, ni la burguesía es capaz de garantizar su propio orden. Puesta a elegir, la burguesía francesa optará por sacrificar el régimen político a condición de sostener su dominio social. Emergerá entonces un Poder Ejecutivo centralizado y represivo, con un numeroso Ejército de soldados y funcionarios, sostenido, además, en la “escoria” lumpenproletaria. A la cabeza de este gobierno, que taponará los poros de la sociedad civil con su burocracia parasitaria, estará Luis Bonaparte, representante de todo lo antedicho y de una clase que no es tal, en tanto es incapaz de representarse a sí misma: el campesinado.

1.2. Estado *capitalista*

Hemos expresados varios de los elementos centrales del concepto original de *bonapartismo*. Sin embargo, es necesario incorporar otros aspectos que el autor analiza en su escrito “La Guerra Civil en Francia”, texto en el que aborda los sucesos de la Comuna de París en 1871. En este escrito, Marx refuerza algunos planteos e incorpora otros. En primer lugar, sostiene que “el fruto natural de la República del Partido del Orden fue el Segundo Imperio” (Marx, 2016, p.407). Lo que viene a reforzar la idea de un proceso de despliegue del carácter fundamental del Estado burgués como maquinaria de dominación del capital. Esto resulta interesante de destacar, ya que Marx plantea en este escrito una puntualización muy importante: el Estado puede ser identificado como una maquinaria, pero no en tanto instrumento neutral, al servicio de una clase y, en tanto tal, reutilizable por la clase obrera. En consecuencia, “la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está, y a servirse de ella para sus propios fines” (Marx, 2016, p.406).

Este análisis lleva a Karl Marx a identificar al bonapartismo directamente con una forma (o un tipo) de Estado que no es más que la expresión de la consolidación de su carácter represivo. Y, a la vez, la consolidación del carácter nacional del poder del capital sobre el trabajo deviene en la emergencia del imperialismo, como forma última del despliegue del Estado burgués, bonapartista.

Frente a ese Estado, se contraponen la República social, en busca de terminar con la dominación política y social del Estado capitalista. Ésa es la experiencia de la Comuna de París, la búsqueda de una unidad nacional a través de una forma comunal, no estatal. “Gobierno del pueblo por el pueblo” (Marx, 2016, p.417): destrucción del Estado, a partir de la disolución del Ejército y la Policía, la constitución del pueblo en armas, la democracia efectiva en el poder ejecutivo, legislativo y judicial, la instalación de mandatos revocables en la función pública, expropiación de las iglesias, etc. En definitiva, para Marx, “la dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social” (Marx, 2016, p.412)

La conclusión que interesa a este trabajo, respecto de este somero repaso por ambas obras de Marx, es que el bonapartismo emerge como una categoría que describe la forma política del Estado capitalista nacional, imperialista (francés). Un Estado represivo, burocrático, parasitario, al servicio ineluctable del capital contra el trabajo. La derrota de su forma parlamentaria, la radicalización de su carácter represivo y centralizado, expresan su funcionalidad única: la dominación del capital. No importa si la burguesía como tal no puede

dirigirlo directamente, el Estado es capitalista en tanto su existencia tiene como único fin la defensa de la relación social capitalista.

2. Lenin

*“el mañana de la historia mundial, será el día en que los pueblos oprimidos por el imperialismo, que despiertan, se levanten finalmente y comience una larga y dura lucha decisiva por su liberación” V.I. Lenin
31/12/1922*

El repaso que se realizará sobre algunos aportes importantes al presente trabajo, no incluyen referencias al bonapartismo. Sin embargo, los elementos que se incorporan a través de Lenin revisten gran importancia, ya que son centrales a la hora de acercar las conceptualizaciones de Marx a las realidades de los países semicoloniales y, por ende, para aproximarse a Abelardo Ramos.

2.1. El Estado como instrumento de clase

Comencemos repasando las reflexiones de Lenin respecto del Estado. Es ineludible que Lenin parte de, al menos, dos elementos planteados por Marx para construir su propio análisis del Estado: por un lado recurre al carácter de *clase* del Estado, a través de citas del Manifiesto Comunista; por otro, remite a la *dictadura del proletariado*, como forma política de la necesaria transición hacia la desaparición del Estado, expresada por Marx en 1852 en una carta a Weydemeyer y también en la “Crítica al Programa de Gotha”. Ahora bien, en tanto lo que le preocupa a Lenin en su célebre folleto “El Estado y la Revolución” es, justamente, la toma del poder por la vía revolucionaria y la posterior construcción de la nueva sociedad sin clases, sus reflexiones pueden pensarse en tensión con los planteos de Marx, anteriormente abordados.

Lenin es categórico al identificar la necesidad de una transición política luego de la toma violenta del poder estatal, por parte del proletariado. Aquí retoma a Marx, ubicando a la experiencia de la Comuna de París como guía práctica de las tareas propias de la *dictadura del proletariado*. Sin embargo, su idea de Estado es más bien instrumental, ya que se trata de destruir la maquinaria estatal *burguesa*, y sustituirla por un nuevo tipo de Estado, una *nueva forma*, sustituir la dictadura de la burguesía por la dictadura del proletariado. Éste nuevo Estado no es sólo transicional, sino que ya no es un Estado en sentido estricto. Es transicional, porque su desaparición sólo se efectivizará una vez desaparezca su fundamento: la división social en clases; y no es un Estado en sentido estricto porque ya no se trata de una máquina represiva al servicio de la minoría contra la mayoría, sino al revés.

Aquello que en Marx es descrito (la experiencia de la Comuna de París) y apenas esbozado (la forma política de la transición: la dictadura del proletariado) aparece en Lenin con un carácter programático fundamental, en un texto escrito al calor de la Revolución. Lenin no se *separa* de Marx, pero sí *elige* aquellos elementos planteados por el pensador alemán que más se ajustan a su propia perspectiva sobre el carácter clasista del Estado y las particularidades de su readecuación durante la transición socialista. Lenin no deja lugar a dudas: “El proletariado necesita el poder estatal, organización centralizada de la fuerza, organización de la violencia, tanto para aplastar la resistencia de los explotadores como para *dirigir* a la enorme masa de la población, a los campesinos, a la pequeña burguesía, a los semiproletarios, en la obra de “poner en marcha” la economía socialista” (Lenin, 1973, p.36).

2.2. Opresores y oprimidos

Pasemos ahora a una de las conceptualizaciones fundamentales del revolucionario ruso, el *imperialismo*. No nos abocaremos a desarrollar los aportes generales de Lenin al respecto, sino que nos detendremos en dos reflexiones estrechamente vinculadas: la diferenciación entre países opresores/oprimidos y la autodeterminación de los pueblos.

En su intervención en la “Comisión para los problemas nacional y colonial”, del Segundo Congreso de la III Internacional, Lenin señala que “el rasgo distintivo del imperialismo consiste en que el mundo se halla dividido, por un lado, en un gran número de naciones oprimidas y, por otro, en un número insignificante de naciones opresoras, que disponen de colosales riquezas y de una poderosa fuerza militar. La inmensa mayoría de la población del globo (...) se encuentran sometidas a una dependencia colonial directa, o son semicolonias” (Lenin, 1986, p. 248). Esta distinción, lleva a Lenin a sostener que los comunistas deben apoyar a los movimientos nacional revolucionarios, pero teniendo en cuenta que la burguesía

del país oprimido expresa una posición ineludiblemente contradictoria, ya que “pese a prestar su apoyo a los movimientos nacionales, lucha al mismo tiempo de acuerdo con la burguesía imperialista” (Lenin, 1986, p.250), contra lo que tenga de revolucionario el movimiento. Y esto es así porque “entre las burguesías de los países explotadores y la de las colonias se ha producido cierto acercamiento”, por ello, pese a las contradicciones que la burguesía de un país colonial, semicolonial o dependiente pueda tener con el imperialismo que somete a su país, preferirá, en última instancia, enfrentar al proletariado antes que poner en juego su dominación de clase. La remisión a los análisis de Marx, respecto a la burguesía francesa de 1848-1851 es inevitable, pero, a la vez, el planteo político respecto de la acción de los comunistas en los países coloniales, semicoloniales y dependientes, no refleja un seguidismo dogmático de aquellos análisis. Esa advertencia sobre la burguesía implica que, “nosotros, como comunistas, debemos apoyar y apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias sólo en el caso de que estos movimientos sean verdaderamente revolucionarios, sólo en el caso de que sus representantes no nos impidan educar y organizar en un espíritu revolucionario a los campesinos y grandes masas explotadas” (Lenin, 1986, p.250).

Esas reflexiones de Lenin se vinculan directamente con sus ideas respecto de la **autodeterminación** de las naciones. La distinción es también aquí clara: “es en todo sentido vano formular en abstracto el problema del nacionalismo en general. Es indispensable distinguir entre nacionalismo de la nación opresora y el de una nación oprimida”(Lenin, 1974, p.157) Se trata de una distinción fundamental, que tiene consecuencias directas en el accionar político de la clase obrera y su partido. Distinguir entre naciones opresoras y oprimidas, en una relación mundial imperialista, implica diferenciar las tareas y las alianzas en el camino a la revolución. “En la medida en que la burguesía de una nación oprimida lucha contra la opresora, nosotros estamos siempre, en todos los casos y con más decisión que nadie, a favor, ya que somos los enemigos más firmes y consecuentes de la opresión” (Lenin, 1974, p.29). Existe entonces lo que muchas veces se define como una “contradicción principal” para quienes luchan por el socialismo en los países coloniales, semicoloniales y dependientes: su carácter de oprimidos frente al imperialismo de una nación opresora. Entonces, la lucha principal, inmediata, es por el fin de la opresión. Y, para ello, la participación en un movimiento nacional revolucionario, incluida la burguesía nacional, que luche contra la opresión imperialista, es necesaria. Ahora bien, “en la medida en que la burguesía de la nación oprimida está por su nacionalismo burgués, nosotros estamos en contra”(Lenin, 1974, p.29), porque luchar por la liberación de la nación oprimida, no quiere decir luchar por la consolidación de un nuevo nacionalismo burgués (ahora, no sometido a una potencia externa). Se trata, en definitiva, de que “en el nacionalismo burgués de cualquier nación oprimida hay un contenido democrático general contra la opresión, y a este contenido le prestamos un apoyo incondicional” (Lenin, 1974, p.30), pero no puede ser la burguesía quien lleve adelante la liberación *social*.

2.3. El Partido

Dos aspectos muy importantes de lo antedicho deben ser apuntados. En primer lugar, el “contenido democrático general” que el nacionalismo de un país oprimido encarna. Veremos más adelante cómo este aspecto es también abordado por Trotsky, en su reflexión acerca de las “tareas democráticas” y, desde luego, por Abelardo Ramos. En segundo lugar, la permanente mención a la autonomía política del partido de la clase obrera. El Partido es, para Lenin, la organización de la vanguardia del proletariado, en tanto lo encarnan los mejores cuadros políticos de la clase. Profesionales, forjados en la lucha revolucionaria y en el marxismo: “educando al Partido obrero, el marxismo educa a la vanguardia del proletariado, vanguardia capaz de tomar el poder y de conducir a todo el pueblo al socialismo, de dirigir y organizar el nuevo régimen, de ser el maestro, el dirigente, el jefe de todos los trabajadores y explotados en la obra de construir su propia vida social sin burguesía y contra la burguesía”(Lenin, 1973, p.36). Teniendo esto presente, resulta imposible pensar en una perspectiva leninista que, por más despliegue de táctica política que lleve adelante, apunte a subsumirse al nacionalismo burgués.

3. Trotsky

“La dominación social de una clase (su dictadura) se puede expresar a través de formas políticas sumamente diversas.” León Trotsky 01/02/1935

Abordaremos a continuación al autor que, sin dudas, más influenció en la original interpretación de la realidad histórica y política de Jorge Abelardo Ramos y, en particular, en su categorización del peronismo como *bonapartismo*. Las propuestas analíticas de Trotsky respecto del Estado, el imperialismo, la relación entre países opresores y oprimidos, el *bonapartismo* y el rol del partido revolucionario de la clase obrera, mantienen, por un lado, una visible continuidad con los aportes de Marx y Lenin, que ya abordamos, pero a la vez, aportan nuevas reflexiones y aplicaciones originales de las categorías, en un contexto histórico diferente. La influencia de su disputa política con Stalin, la inminencia de la Segunda Guerra Mundial, y su estadía en México, se evidencian de manera latente en los aportes reflexivos sobre los que trabajaremos a continuación. Hemos elegido abordar, principalmente, varios de los múltiples artículos que León Trotsky escribió en el exilio, ya que en ellos utiliza reiteradamente la categoría *bonapartismo*, aplicada a distintos casos. También resultan relevantes dichos artículos, si se tiene en cuenta la contemporaneidad entre las reflexiones finales de Trotsky en México y las esbozadas por Ramos ante el surgimiento del peronismo.

3.1. El Estado, una superestructura que cambia de manos

Anteriormente, identificamos una visión instrumental del Estado en las reflexiones de Lenin. Trotsky plantea una continuidad con esa visión leninista, ya que considera al Estado un arma que, dependiendo de qué clase la empuñe, puede convertirse en un instrumento progresivo o regresivo. En un discurso del 6 de mayo de 1929, incluido en su célebre “La Revolución Permanente”, Trotsky lo expresa de la siguiente manera: “El poder público puede desempeñar un papel gigantesco, sea reaccionario o progresivo, según la clase en cuyas manos caiga” (Trotsky, 2007, p.14). Sin embargo, aclara que no por ello pierde su característica superestructural, ya que cualquiera sea el traspaso de poder político, de una clase a otra, “no cancela ni deroga las leyes de la economía mundial” (Trotsky, 2007, p. 14).

En un artículo titulado “Termidor y bonapartismo”, Trotsky insiste: “El Estado es una superestructura. Suponer que es independiente de las relaciones de producción y las formas de propiedades renegar de los fundamentos del marxismo. Pero el Estado, igual que el partido, no es una superestructura pasiva. Bajo la influencia de las convulsiones que emanan de la sociedad dividida en clases, se gestan nuevos procesos en la superestructura estatal y partidaria, los que poseen -dentro de ciertos límites- un carácter independiente y, cuando se combinan con los procesos de la infraestructura económica, pueden adquirir una importancia enorme para el carácter de clase del régimen en su totalidad y, durante un período prolongado, orientar el desarrollo de éste en tal o cual dirección.” (Trotsky, 1930)

Retoma entonces la perspectiva del “Manifiesto Comunista” y de “El Estado y la Revolución”, al ubicar a la maquinaria estatal, superestructural, como instrumento de la dominación de clase. Es desde el Estado, que la clase obrera puede dirigir el desarrollo de la economía, a la vez que combate contra la resistencia burguesa. Esta perspectiva sobre el Estado, va a influenciar visiblemente los análisis de Trotsky y su utilización de la categoría *bonapartismo* para explicar distintos procesos políticos.

3.2. Bonapartismo soviético

En el artículo “Sobre el bonapartismo”, Trotsky esboza una definición del *bonapartismo*, fuertemente vinculado al contexto europeo, para luego encauzar su análisis hacia el estado obrero, controlado por el estalinismo. En primer lugar, Trotsky identifica que el bonapartismo emerge ante la crisis de la democracia burguesa. La democracia explota producto de su incapacidad para conciliar las contradicciones de clases de la sociedad capitalista. El sistema político parlamentario no puede manejar las tensiones entre las clases, lo que inaugura una doble posibilidad, o se abre paso la dictadura del proletariado, o lo hace la dictadura fascista del capital monopolista. Ahora bien, en esta disputa entre proyectos antagónicos, se instala un régimen de transición, que busca el equilibrio social que la democracia burguesa parlamentaria no logró sostener. Emerge un gobierno bonapartista, en tanto se sostiene en el aparato burocrático del Estado, que busca ejercer un rol arbitral entre socialismo y fascismo, propulsando el interés nacional, común a todos. En palabras de Trotsky, “un gobierno supraparlamentario de la gran burguesía que establece el equilibrio entre los dos extremos en pugna apoyándose en la policía y el ejército es, precisamente, un gobierno de tipo

bonapartista” (Trotsky, 1934). La definición no se aleja de la utilizada por Marx originalmente, aunque incorpora la puntualización de la confrontación entre las dictaduras proletaria y fascista.

Ahora bien, de esta definición conceptual (y de aparente aplicación global) se toma Trotsky para avanzar en su categorización del estalinismo como *bonapartismo*. Para reforzar su planteo, recurre a una analogía directa entre el proceso de la Revolución Francesa, donde el jacobinismo se transforma en *bonapartismo* (de Napoleón), con el proceso mediante el cual la Revolución de Octubre deviene en *bonapartismo*. En tal sentido, en el artículo “El estado obrero, terrador y bonapartismo” del 1 de febrero de 1935, Trotsky afirma que “en el primer caso se trataba de la consolidación de la revolución burguesa a través de la liquidación de sus principios e instituciones políticas. En el segundo caso se trata de la consolidación de la revolución obrero campesina a través del aplastamiento de su programa internacional, su partido dirigente, sus soviets”. Es decir, que ambos procesos evidencian el ascenso de una burocracia militar, que se eleva “treparando sobre las espaldas de la democracia plebeya que garantizó el triunfo del nuevo régimen.” (Trotsky, 1934). El rasgo central del bonapartismo continúa siendo su carácter burocrático-militar, oportunista, así como también su ubicación *entre* opuestos antagónicos, y el intento de sostener una independencia de la lucha de clases. “Stalin no sólo preserva las conquistas de la Revolución de Octubre contra la contrarrevolución feudal-burguesa sino también contra los reclamos de los obreros, su impaciencia y su descontento; aplasta al ala izquierda, que expresa las tendencias históricas progresivas de las masas trabajadoras sin privilegios; crea una nueva aristocracia a través de la extrema diferenciación de los salarios, los privilegios, las jerarquías, etcétera. Apoyándose en los sectores más altos de la nueva jerarquía social contra los más bajos -y a veces al revés- Stalin logró concentrar totalmente el poder en sus manos. ¿De qué otra forma se puede llamar a este régimen si no es bonapartismo soviético?” (Trotsky, 1934).

Bonapartismo es entonces una categoría que no sólo describe un tipo de Estado burgués, sino que puede ser, incluso, una forma del Estado obrero. La categoría presenta ahora unas características definitivamente universalizables, ya no se encuentra atada a un contexto histórico específico. El *bonapartismo* es un tipo de estado (o régimen político, la ambigüedad sí se sostiene) que se coloca, con considerable nivel de autonomía, entre la disputa de dos proyectos opuestos (uno reaccionario, otro progresivo). Su fuerza la consigue del aparato burocrático-militar-policial. Pero, en definitiva, “el bonapartismo, por su propia esencia, no puede mantenerse durante mucho tiempo; una esfera en equilibrio sobre el vértice de una pirámide invariablemente rodará hacia un lado o hacia el otro” (Trotsky, 1934). Es decir, el bonapartismo es, inevitablemente, *transicional*.

3.3. La revolución nacional democrática en “La revolución permanente”

Realicemos un breve paréntesis para abordar algunos planteos que Trotsky realiza sobre la lucha política en las colonias de Oriente, en el capítulo VII de “La revolución permanente”, algunos años antes de pensar en el caso latinoamericano.

Trotsky plantea sin rodeos que los comunistas en los países atrasados deben tomar debida nota de la importancia de que, si no se han consumado las tareas democráticas (burguesas), debido a que no ha existido una revolución burguesa, deberá ser el proletariado quien tome en sus manos el programa nacional, donde se encuentren representadas las aspiraciones populares comunes. En este sentido, expresa que, si bien las condiciones del desarrollo capitalista y, por ende, de la clase obrera son determinantes, “importancia no menor tiene la cuestión de saber si existe en el país un problema “popular” amplio y candente en cuya resolución esté interesada la mayoría de la nación y que exija las medidas revolucionarias más audaces. Son problemas de este orden el agrario y el nacional, en sus distintas combinaciones” (Trotsky, 2007, p.131).

En esta tensión entre condiciones objetivas del desarrollo económico-social y la capacidad política de los revolucionarios por dirigir la lucha por la independencia nacional, se juega el futuro victorioso de la revolución nacional-democrática en los países atrasados. Y el carácter de autonomía política y de dirección del partido de la clase, quedan, así, nuevamente confirmados por Trotsky: “en las condiciones de la época imperialista, la revolución nacional-democrática sólo puede ser conducida hasta la victoria en el caso de que las relaciones sociales y políticas del país de que se trate hayan madurado en el sentido de elevar al proletariado al poder como director de las masas populares” (Trotsky, 2007, p.133).

Hasta aquí, la perspectiva de Trotsky ubica *únicamente* en la toma del poder por parte del proletariado (de su partido), mediante la revolución violenta y la instauración de la dictadura

del proletariado, la posibilidad de una victoria política y social. No hay ninguna otra forma política que apunte en tal sentido.

3.4. Bonapartismo latinoamericano “sui generis”

“democracia significa el deseo de un país semicolonial de escapar a la dependencia”. León Trotsky 1938

En este último apartado abordaremos las reflexiones de Trotsky en su exilio en México. Allí pudo, entre 1938 y 1940, esbozar algunos análisis sobre América Latina. Estos artículos comprimen y adecúan todos los conceptos que hasta aquí hemos abordado en nuestro recorrido. Y nos permitirán dejar sentadas las bases para comprender la perspectiva de Jorge Abelardo Ramos.

3.4.1. Antimperialista, más allá de la máscara política

Para comenzar, podemos recurrir al propio Trotsky, a través de su artículo del “Lenin y la guerra imperialista”, donde enmarca el problema que nos ocupa: “La lucha de los pueblos oprimidos por su unificación e independencia nacional es doblemente progresiva: por un lado, prepara condiciones favorables para su propio desarrollo; por el otro, golpea al imperialismo. Esa es la razón particular por la que, en una lucha entre una república civilizada, imperialista, democrática y una monarquía atrasada, bárbara de un país colonial, los socialistas están totalmente del lado del país oprimido, a pesar de su monarquía, y contra el país opresor, a pesar de su “democracia”” (Trotsky, 1938). Vemos cómo Trotsky retoma directamente los planteos de Lenin, reforzando una idea central para nuestro trabajo: el carácter progresivo de la lucha nacional antimperialista.

En el contexto de una inminente Segunda Guerra Mundial, y frente a la política del estalinismo, el planteo “leninista” de Trotsky sobre la defensa inequívoca de las naciones oprimidas, sin importar su régimen político, frente a las naciones opresoras, no esquivamos ejemplos concretos. En otro artículo, del mismo año, afirma: “En Brasil reina actualmente un régimen semifascista al que cualquier revolucionario sólo puede considerar con odio. Supongamos, empero, que el día de mañana Inglaterra entra en un conflicto militar con Brasil. ¿De qué lado se ubicará la clase obrera en este conflicto? En este caso, yo personalmente estaría junto al Brasil “fascista” contra la “democrática!” Gran Bretaña. ¿Por qué? Porque no se trataría de un conflicto entre la democracia y el fascismo. Si Inglaterra ganara, pondría a otro fascista en Río de Janeiro y ataría al Brasil con dobles cadenas. Si por el contrario saliera triunfante Brasil, la conciencia nacional y democrática de este país cobraría un poderoso impulso que llevaría al derrocamiento de la dictadura de Vargas. Al mismo tiempo, la derrota de Inglaterra asestaría un buen golpe al imperialismo británico y daría un impulso al movimiento revolucionario del proletariado inglés.” (Trotsky, 1938). La forma política que asuma el régimen del país oprimido no pone en duda la contradicción fundamental entre opresor y oprimido. Y, en América Latina, son los Estados Unidos el agente imperialista principal, por más “democrático” que se presente a sí mismo.

3.4.2. Lucha de clases en América Latina

Queda claro cuál es la disyuntiva central para Trotsky. Avancemos entonces en el análisis del autor sobre las particularidades de los países Latinoamericanos.

Trotsky identifica que, en el marco del imperialismo, las burguesías nacionales de América Latina se enfrentan a una tensión permanente entre, por un lado, la fuerte presencia del capital extranjero y, por el otro, un ascendente proletariado. En el artículo “La industria nacionalizada y la administración obrera”, señala “la relativa debilidad de la burguesía nacional en relación al proletariado nacional” (Trotsky, 1939), lo que genera las condiciones de posibilidad para el surgimiento de un cierto tipo de capitalismo de estado. Lo que Trotsky argumenta es que emergen gobiernos que deben impulsar el propio desarrollo nacional, burgués por su contenido, encarando un difícil equilibrio bonapartista. Es decir, buscan desplegar una política de desarrollo nacional, intentando colocarse por encima de las clases.

Dos aspectos queremos destacar de esta reflexión de Trotsky. El primero es la clara identificación de los actores fundamentales en la dinámica económica y política latinoamericana: el capital extranjero (imperialista), la débil burguesía local, el proletariado nacional. Ahora bien, a estos tres actores, Trotsky le suma otros dos, por un lado el

campesinado y, por otro el propio Estado. En la interrelación entre estos actores se dirime el futuro de los países latinoamericanos oprimidos. Ya señalamos que la relativa debilidad de la burguesía frente, tanto al capital extranjero como al proletariado nacional, lo que permite la emergencia de “hombres de estado”, decididos a tomar en sus manos las tareas históricas propias de la burguesía. Ahora bien, según Trotsky en la “Discusión sobre América Latina”, “la clase que gobernará, en México como en todos los demás países latinoamericanos, será la que atraiga hacia ella a los campesinos” (Trotsky, 1938). Aquí resulta interesante recordar las afirmaciones de Trotsky en “La revolución permanente”, respecto de la importancia de la cuestión agraria en los países oprimidos, ya que nos permite incorporar la noción de “tareas democráticas”. Éstas implican el programa específico de la revolución burguesa, nacional y, en ellas, radica uno de los aspectos centrales para entender la particularidad del rol que pueden jugar los *bonapartismos* en América Latina, para Trotsky.

3.4.3. Bonapartismo progresivo

Trotsky va hilvanando, en los sucesivos artículos que estamos citando, un análisis de la especificidad de la lucha de clases en América Latina. Ha puntualizado la contradicción central para un subcontinente oprimido, luego las clases en pugna, su relación de fuerzas, pero también, el rol del Estado. Aquí queremos plantear entonces el segundo aspecto que nos parece destacable: Trotsky identifica en el Estado (mexicano en particular) un instrumento que puede cumplir un rol progresivo o regresivo en la lucha por la independencia nacional.

Producto de la debilidad de la burguesía, la realización de las tareas democráticas (independencia nacional, reforma agraria, etc.) recae sobre el Estado, el cual, como ya indicamos, adopta formas bonapartistas. Puede optar entre “gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capitalismo extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial, o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta libertad en relación a los capitalistas extranjeros” (Trotsky, 1939). Es interesante destacar que, nuevamente, el Estado es identificado como un *instrumento*, susceptible de ser direccionado en un sentido u en otro, según la clase o alianza de clases que lo maneje, y su programa de gobierno. En este sentido, la progresividad o no de los gobiernos bonapartistas, no es otra cosa que la utilización del Estado en un sentido progresivo o reaccionario. El Estado, juega, aquí como en Lenin un papel determinante en la lucha de clases y la posibilidad transformadora de la sociedad.

Resumiendo, Trotsky identifica la progresividad del régimen bonapartista (que intenta afianzar un capitalismo de estado, como forma de encauzar un proyecto de desarrollo nacional, independencia económica y política del imperialismo) atada a dos factores fundamentales. Por un lado, el avance en el cumplimiento de las tareas democráticas, propias de la revolución nacional-democrática. Por el otro, la participación y el rol político de la clase obrera que, además, es condición necesaria para el éxito.

3.4.4. Partido y Frente Popular

Trotsky ha señalado claramente que “las tareas internas de estos países [oprimidos] no se pueden resolver sin una lucha revolucionaria simultánea contra el imperialismo” (Trotsky, 1938). Por otro lado, ha identificado el rol de los bonapartismos en América Latina. Queda entonces saber qué actitud debe tomar la clase obrera en ese escenario.

En la “Discusión sobre América Latina”, Trotsky reconoce cierto “esquematismo en la fórmula de la revolución permanente” (Trotsky, 1938) por parte de algunos camaradas de la IV Internacional. Ante lo cual, señala que “la clase obrera de México participa y no puede más que participar en el movimiento, en la lucha por la independencia del país, por la democratización de las relaciones agrarias, etc.”, lo cual implica reconocer la progresividad de la política de Cárdenas. Pero, aclara, “estamos en perpetua competencia con la burguesía nacional, como única dirección capaz de asegurar la victoria de las masas en el combate contra los imperialistas extranjeros”. Trotsky reconoce que, el aspecto político central es la dirección del proceso. Es decir, reconocer la progresividad de las tareas democráticas encaradas por Cárdenas, no implica desconocer que la dirección del proceso no está en manos del proletariado. Tampoco está en las manos directas de la burguesía, por eso se trata de un régimen bonapartista. Para despejar posibles dudas, afirma: “no nos oponemos al capitalismo de estado en México; pero lo primero que reivindicamos, es nuestra propia representación de los trabajadores frente al Estado”.

En tanto el Estado funcione como instrumento de avance progresivo en pos de tareas democráticas, debe apoyársele. Pero, en tanto el Estado no está en manos del proletariado, debe sostenerse la autonomía política de la clase. Nuevamente emerge, como en Lenin, la importancia cardinal de un partido marxista, vanguardia del proletariado.

Frente a un Estado, como el mexicano, que encara una política progresiva, la emergencia de un "Frente popular", no hace más que acompañar el proceso en el mismo sentido: "Correctamente apreciado, el Frente Popular no tiene en América Latina un carácter tan reaccionario como en Francia o en España. Tiene dos facetas. Puede tener un contenido reaccionario en la medida en que esté dirigido contra los obreros, puede tener un carácter agresivo en la medida en que esté dirigido contra el imperialismo" (Trotsky, 1938). Sin embargo, lo fundamental, radica en que "para los marxistas no se trata de construir el socialismo con las manos de la burguesía, sino de utilizar las situaciones que se presentan dentro del capitalismo de estado y hacer avanzar el movimiento revolucionario de los trabajadores" (Trotsky, 1939).

La condición fundamental para poder aprovechar las oportunidades, así como sortear los peligros que se presentan, es contar con un partido marxista revolucionario, capaz de dirigir el "Frente popular", tomar el poder estatal y encauzar la revolución.

SEGUNDA PARTE: Ramos y el peronismo como bonapartismo

1. Imperialismo y revolución nacional

Jorge Abelardo Ramos parte de una premisa fundamental para abordar su lectura crítica de la realidad latinoamericana y argentina: "Al no realizarse la predicción de Marx y de sus más geniales discípulos acerca de que la revolución brotaría allí donde las fuerzas productivas habían llegado a su nivel más alto, sino que por el contrario, surgió justamente allí donde las fuerzas productivas no han podido desarrollarse plenamente, toda la problemática del marxismo se desplazó hacia la consideración, no de la crisis del capitalismo, sino de la crisis del imperialismo; no de la revolución socialista, sino de la revolución nacional; no del antagonismo entre la burguesía y el proletariado, sino de la lucha entre las naciones opresoras y las naciones oprimidas" (Ramos, 1973, p.222)

Ramos reconoce a los países latinoamericanos como capitalistas en una relación de atraso y opresión respecto de los países desarrollados, imperialistas. Por otro lado, ubica en la centralidad la lucha de carácter nacional, corriendo a un segundo plano la lucha por el socialismo, y la lucha clase contra clase. En estas apreciaciones no sólo hay una revisión crítica de las consideraciones clásicas de Marx respecto a dónde brotaría la revolución, sino de los aportes de Lenin, y en particular de Trotsky, respecto de los planteos plasmados en "La revolución permanente", sobre la necesidad de la lucha por el socialismo, encabezada por la clase obrera (a través del partido de vanguardia), saltando la etapa democrático-burguesa. Sin embargo, retoma algunas de las reflexiones del propio Trotsky respecto del carácter progresivo de la revolución nacional en los países latinoamericanos, aun cuando estén en un principio encabezadas por sectores pequeñoburgueses ligados al Estado.

Estas tensiones entre el carácter nacional o socialista de la revolución, así como el carácter clasista o policlasista del frente de lucha contra el imperialismo (o contra el imperialismo y la burguesía) estarán en el trasfondo de la lectura general del proceso peronista, de su sentido histórico, así como de sus límites.

2. El Peronismo. Bonapartismo de base proletaria

En tanto país atrasado, semicolonial, oprimido, la Argentina de 1945 se vio sacudida por el "terremoto histórico" que implicó el final de la Segunda Guerra Mundial imperialista. Se abrió una ventana de oportunidad, en la que varios países atrasados pudieron proyectar algunas de las tareas democrático-burguesas básicas para iniciar la construcción de sus Estados nacionales. Este proceso fue encausado las más de las veces por sectores pequeñoburgueses, como el aprismo, el varguismo, etc. En el caso argentino, emergió un liderazgo de entre las filas del Ejército, el de Juan Domingo Perón.

Trotsky había afirmado en "La revolución permanente" la inviabilidad de un proceso de revolución democrática encabezado por sectores pequeñoburgueses, aspecto que Ramos recupera parcialmente. Reafirma el pesimismo respecto a la inviabilidad última de una

revolución encabezada por la pequeñoburguesía pero, atento a la realidad que le toca, identifica claramente que el peronismo emerge como un movimiento nacional encabezado por un pequeñoburgués, un militar.

Ramos identifica en la emergencia del peronismo una alianza entre la clase obrera, movilizada el 17 de octubre, y el sector progresivo del Ejército argentino, encabezado por Perón. Esta alianza es posible en tanto el proletariado nacional no tiene una representación política propia, a la vez que la burguesía nacional también carece de un partido político que encarne sus intereses. Es en ese marco que emerge el líder bonapartista, “cabeza de un movimiento de masas, burgués por su ideología, proletario y popular por su base de sustentación, nacional por sus objetivos” (Ramos, 1972, p.179).

La ideología del movimiento es burguesa en tanto representa las aspiraciones de construir el Estado nacional, en los marcos de un capitalismo nacional, es decir, de encauzar las tareas democráticas necesarias. Este carácter burgués se relaciona con el sentido histórico del proceso, más allá de que la burguesía nacional no lidere el movimiento, incapacitada por su propia debilidad (y subordinación) frente al imperialismo. Este lineamiento burgués es encarnado por el Ejército, única institución con despliegue nacional, convirtiéndose así en el partido político de la revolución nacional. Por otro lado, la base proletaria es indiscutible desde la irrupción de las masas obreras en la arena política el 17 de octubre, en apoyo explícito a Perón. Lo destacable es que esas masas proletarias no reconocen organizaciones políticas intermedias entre ellas y el líder. Por último, los objetivos nacionales se definen en clave de la disyuntiva principal de una nación oprimida, su liberación y desarrollo nacional, causa en la que convergen los intereses no sólo del proletariado sino también de sectores de la pequeña burguesía urbana y rural, pequeños comerciantes e industriales o el proletariado rural.

Emerge así la figura de Perón no sólo como representante del Ejército, sino como representante de un proyecto burgués, a través del intento de constitución de un Estado capitalista nacional autónomo. Es lo que en Trotsky es categorizado como capitalismo de estado, en relación al cardenismo. Ramos identifica en el peronismo un proceso bonapartista en tanto, ante la ausencia de capacidad por parte de la burguesía para dirigir un proceso de desarrollo nacional autónomo del imperialismo y la carencia de un proyecto independiente de la clase obrera, emerge un líder militar con capacidad para hacerse de la maquinaria estatal y buscar encauzar un proceso de revolución nacional.

El carácter bonapartista del peronismo implica la representación de los intereses históricos de la burguesía a través de la mediación del Estado (en este caso una de sus instituciones principales, el Ejército), pero a la vez, esto no implica que sea la representación política directa a la burguesía. Nuevamente el Estado adquiere un aparente rol arbitral, constituyéndose a través de la figura de Perón como “hombre de Estado”, en el representante de los intereses nacionales, por encima de la división de clases.

Ahora bien, este *bonapartismo* peronista es progresivo, en tanto logra articular un Frente Nacional que confronta con la oligarquía y el imperialismo. Su carácter burgués no es retardatario, en tanto implica la necesaria resolución de las tareas democráticas, imprescindibles para un país atrasado.

Sin embargo, los límites del *bonapartismo* son contundentes. Emergente de una situación de crisis, busca el apoyo de las masas proletarias para enfrentar al imperialismo y su capital foráneo, pero a la vez, la debilidad de la burguesía industrial lo ancla en posicionamientos de extrema prudencia política. En palabras de Ramos, “convoca a la revolución social, pero rara vez logra llevar hasta el fin la revolución nacional” (Ramos, 1972, p183). En el caso particular del peronismo, el autor identifica claramente en la no nacionalización de la tierra de la oligarquía ganadera el principal límite del proceso peronista.

3. De la dictadura democrática a la dictadura burocrática

Ramos asume plenamente la perspectiva bolchevique del Estado, al afirmar que es “la figura jurídica de la dictadura de una clase sobre otra” (Ramos, 1972, p.203). Es llamativo que el autor establece una vedada reconversión de las características de la *dictadura del proletariado* descritas por Lenin a la *dictadura democrática*. Esta última remite a la forma política que asume una revolución nacional que pretende cumplir las tareas democráticas en un país atrasado. Es así que “el viejo Estado, órgano de los intereses oligárquicos, es sustituido por otro, instrumento de la voluntad de la mayoría de la Nación. Para resistir las grandes fuerzas internacionales que se coaligan contra él, el gobierno nacional debe apelar a medidas de represión y de control nacidas precisamente de su debilidad relativa frente al imperialismo”

(Ramos, 1972, p.203). La similitud con la forma transicional del cuasi-Estado bajo la dictadura del proletariado, de Lenin, es evidente.

Es desde esta perspectiva que Ramos entiende que, lo que en un comienzo fue la emergencia de una democracia revolucionaria, expresada en las jornadas de octubre de 1945, derivó luego en una degeneración burocrática. En este proceso se expresa la otra gran limitación del bonapartismo peronista. La irrupción de las masas proletarias, la emergencia del liderazgo de Perón y la constitución de un Frente Nacional fueron componentes particulares del bonapartismo con carácter progresivo, expresados en una incipiente dictadura democrática, en pos de la revolución nacional. Sin embargo, el personalismo de Perón, la carencia de una ideología revolucionaria y el sostenimiento de una burocracia parasitaria, constituyeron claves que explican la descomposición del régimen. La democracia de las mayorías se vio cercenada por el burocratismo del bonapartismo peronista, que ahogó cualquier posibilidad de democratización interna del Frente Nacional a nivel ideológico, político-partidario y sindical.

En este sentido resulta interesante establecer un parámetro con la interpretación de Trotsky respecto de la degeneración del Estado obrero a manos del bonapartismo estalinista. También allí se hace referencia al pasaje de una dictadura democrática (en este caso sí, la del proletariado) a una dictadura burocrático-militar. En el caso peronista, el propio bonapartismo puede derivar su carácter progresivo en una degeneración interna por no avanzar definitivamente en la consolidación de la revolución nacional. Una de las diferencias, sin dudas, es la identificación de Stalin como un líder de burócratas y no de masas, el jefe de de la burocracia. Perón, para Ramos, es Líder de las masas obreras y prisionero de su burocracia.

4. Ausencia de un partido “independiente”

Un último aspecto para abordar es el rol del proletariado durante el peronismo. Ramos aquí también comparte la perspectiva bolchevique acerca de la necesidad de constituir un partido revolucionario, vanguardia de la clase trabajadora, independiente de las demás clases y fracciones de clase. En tal sentido, identifica la falta de democratización interna dentro del movimiento nacional durante el peronismo, en particular en relación a la clase obrera y su organización como tal, como uno de los problemas centrales a la hora de entender la degeneración burocrática del régimen.

Sin embargo, Ramos analiza de manera poco habitual las razones que explican la no emergencia de un Partido de la clase obrera. No culpa de ello a la falta de conciencia de las masas, como así tampoco busca responsabilizar a la burocracia sindical o militar. Comprende que no se habían generado las condiciones que dieran a entender al proletariado que era *necesaria* una herramienta política propia. “El cretinismo intelectual observará con desprecio a las masas “primitivas”, pero una misma clase tiene ideas diferentes en épocas distintas; las suplantarán a medida que las necesite. El proletariado no veía la urgencia de ser “independiente” del peronismo, por más que le desagraden algunas figuras, algunos favoritismos o negociados. Defendían lo esencial del régimen, su progresividad global y la condición obrera dentro de él”(Ramos, 1972, p.213). Si bien acusa recibo de la debilidad ideológica del peronismo, respeta la sabiduría de la clase obrera en relación a la etapa histórica, su progresividad y sus alcances. En todo caso, continuando con la tradición leninista, Ramos otorga un valor pedagógico a la dinámica propia de la lucha política: “sólo la experiencia propia, las lecciones de las derrotas, el fracaso de sus jefes, permiten a las masas, en estadios sucesivos, realizar un balance íntimo de su orientación y seleccionar las ideas y los caudillos que la lucha requiere” (Ramos, 1972, p.213).

La posición de Ramos respecto de la independencia del partido revolucionario (marxista, obrero) también se enlaza con la remanencia etapista en la perspectiva trotskista. El fatalismo del proceso de liberación bajo la conducción bonapartista obliga a sostener la independencia política de la clase mediante la construcción de un partido político, capaz de enarbolar la perspectiva socialista, superadora del nacionalismo. En este sentido, hasta la muerte de Perón, Ramos sostuvo la necesidad de mantener la independencia política. Esto se expresó en distintas experiencias específicas (PSRN, PSIN, FIP), pero lo fundamental radicó en la firme convicción de Ramos respecto a no esperar del peronismo más de lo que sus límites le imponían, ni subestimarlos y/o combatirlos por la misma razón.

Quizás, uno de las expresiones más demostrativas de esta última afirmación sea la desconfianza de Ramos hacia los sectores juveniles que se incorporaron al peronismo a finales de los sesenta y principios de los setenta, expresados (en parte) por la organización político-militar Montoneros. En los distintos artículos de polémica con dicha corriente interna del

peronismo, Ramos recurre una y otra vez a la categorización del peronismo como *bonapartismo*, y de Perón como *jefe bonapartista*, para contradecir las falsas ilusiones y desilusiones de los "soldados de Perón". "Así como la pequeña burguesía en otra época definía a Perón como nazi, sus hijos aspiraban a idealizarlo como izquierdista. Pero en ambos casos se trata de un error. Perón no era ni una cosa ni la otra. (...) Jefe bonapartista, caudillo popular, gran patriota, Perón no por ello deja de encarnar los intereses de los sectores burgueses del capital nacional, tanto como de los sectores de la burocracia civil, policial, sindical y militar" (Ramos, 2014, p.278).

Reflexiones finales

A la afirmación de Marx de la imposibilidad de reutilizar la maquinaria estatal en un sentido histórico progresivo, Lenin, Trotsky y Ramos responden que eso dependerá de la edificación del instrumento-partido. Así como el Estado es la intermediación del capital para sostener el dominio social, es el partido revolucionario, representante de la clase obrera, el que encarna el sentido histórico progresivo. Debe ser este intermediario el que se apropie de la máquina estatal, aportándole el contenido de cambio radical y llevándolo a su propia disolución, tras la desaparición de la división social en clases.

El problema que resulta es considerable. Para abordar a la maquinaria estatal es necesario construir otra maquinaria, la partidaria. Esto implica que la posible destrucción de la intermediación del aparato estatal viene de la mano de la edificación de otra intermediación, la del aparato partidario. El planteo deviene instrumental porque, aun considerando al Estado como *capitalista* (relación social), y no como *burgués* (instrumento de clase), la lucha política se encarna desde una nueva maquinaria, que hace las veces de representación de la clase obrera frente al Estado y ante los otros partidos, y que construye/dirige su propia burocracia civil, militar y técnico-profesional. El problema original de qué hacer con el aparato estatal una vez conquistado el poder político, se redobra frente a la existencia de una segunda máquina.

El contenido de progresividad histórica de la revolución social no está dado por el carácter de clase del nuevo Estado obrero, lo cual ya implicaría una perspectiva instrumental, sino por la vanguardia revolucionaria institucionalizada en partido político. La idea de Marx de subordinar el Estado a la Sociedad Civil, encuentra en la lucha política una dificultad de no fácil resolución. Así, el problema del Estado parece enredarse en una maraña instrumental.

Jorge Abelardo Ramos no aborda en profundidad la problemática del Estado, sin embargo, su identificación del peronismo como un tipo de *bonapartismo* implica una noción subyacente de Estado. Partiendo Marx, pasando por Lenin y haciendo un importante hincapié en Trotsky, Ramos expresa, a nuestro entender, una lectura del peronismo que privilegia su contenido de clase. El *bonapartismo* puede ser progresivo o regresivo (por lo tanto también el Estado) en términos históricos, y eso depende, en gran medida, de la composición de clase del movimiento político que lo dirija.

El peronismo es un movimiento nacional, con ideología burguesa pero con base de sustentación obrera. Por eso, la disputa es eminentemente política. Se trata de organizar a la clase en partido marxista para disputar la dirección del movimiento y el Estado, buscando orientar en sentido revolucionario, socialista, el proceso. Eso sí, apostar a la construcción de un partido de vanguardia no habilita al sectarismo, Ramos confía en las masas obreras la elección de sus organizaciones, ideología y dirección.

Estado y Partido se definen en su sentido histórico, pero se instrumentalizan en la lucha política. En el largo plazo, desde cualquier perspectiva marxista, el Estado desaparece (o debiera hacerlo) con el fin del capitalismo y la relación de dominación. Sin embargo, en la arena transicional, la disputa es ineludiblemente política, en tanto el Estado existe e interviene.

Bibliografía

Galasso, Norberto. *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional*. Buenos Aires. Ediciones Nuevos Tiempos, 2007.

Lenin, V.I. *Obras Completas. Tomo 41*. Moscú. Editorial Progreso, 1986.

Lenin, V.I. *El estado y la revolución. Pequeña biblioteca marxista leninista*. Buenos Aires. Editorial Anteo, 1973.

Lenin, V.I. *La política nacional y el internacionalismo proletario. Pequeña biblioteca marxista leninista*. Buenos Aires. Editorial Polémica, 1974.

Marx, Carl. *Antología. Biblioteca del pensamiento socialista. Selección e introducción de Horacio Tarcus*. Buenos Aires. Siglo veintiuno editores, 2016.

Ramos, Jorge Abelardo. *El marxismo de indias*. www.izquierdanacional.org, 1973.

Ramos, Jorge Abelardo. *Entre pólvora y chimangos*. Buenos Aires. Editorial Octubre, 2014.

Ramos, Jorge Abelardo. *Historia de la Nación latinoamericana*. Buenos Aires. Ediciones Continente, 2013.

Ramos, Jorge Abelardo. *Revolución y Contrarevolución en la Argentina. V. La era del bonapartismo*. Buenos Aires. Editorial plus ultra, 1972.

Ramos, Jorge Abelardo. *Revolución y Contrarevolución en la Argentina. V. La era del peronismo*. Buenos Aires. Ediciones Continente, 2013.

Thwaites Rey, Mabel (compiladora). *Estado y marxismo. Un siglo y medio de debates*. Buenos Aires. Prometeo Libros, 2007.

Trotsky, León. *Combatir al imperialismo para combatir al fascismo. 21 de septiembre de 1938*. [en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/latin/20.htm>

Trotsky, León. *El estado obrero, temidor y bonapartismo. 1 de febrero de 1935*. [en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro4/T06V127.htm>

Trotsky, León. *El fascismo y el mundo colonial. Agosto de 1938*. [en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro5/T09V263.htm>

Trotsky, León. *El futuro de América Latina. Mayo de 1940*. [en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/latin/30.htm>

Trotsky, León. *Discusión sobre América Latina. 4 de noviembre de 1938*. [en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/latin/25.htm>

Trotsky, León. *Haya de la Torre y la democracia. 9 de noviembre de 1938*. [en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro6/T10V124.htm>

Trotsky, León. *La lucha antimperialista es la clave de la liberación. 23 de septiembre de 1938*. [en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro6/T10V108.htm>

Trotsky, León. *La industria nacionalizada y la administración obrera. 12 de mayo de 1939.* [en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en:<https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro6/T10V238.htm>

Trotsky, León. *La política de Roosevelt en América Latina. 3 de septiembre de 1938.* [en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en:<https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/latin/19.htm>

Trotsky, León. *La revolución permanente.* Buenos Aires. Libros de Anarres, 2007.

Trotsky, León. *Lenin y la guerra imperialista. 30 de diciembre de 1938.* [en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en:<https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro6/T10V142.htm>

Trotsky, León. *México y el imperialismo británico. 5 de junio de 1938.*[en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en:<https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro5/T09V240.htm>

Trotsky, León. Programa de transición. 1938. [en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en:www.marxist.org. <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1938/prog-trans.htm>

Trotsky, León. *Sobre el bonapartismo. 1 de diciembre de 1934.*[en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en:<https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro4/T06V118.htm>

Trotsky, León. *Termidor y bonapartismo. 26 de noviembre de 1930.* [en línea]. [consulta 13/02/2017]. Disponible en:<https://www.marxists.org/espanol/trotsky/ceip/escritos/libro2/T02V118.htm>